

LOS AMANTES GENEROSOS.

COMEDIA

EN CINCO ACTOS:

COMPUESTA EN FRANCES, SOBRE UN MODELO ALEMAN, POR MONSIEUR ROCHON DE CHABANNES.

Y TRADUCIDA

POR

D. G. F. R.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

El Conde de Bruxhal. *Señor Vicente Garcia.*

Teleim, Mayor de un Regimiento Prusiano, y amante de Minna. *Señor Juan Carretero.*

Verner, Aposentador del propio Regimiento. *Señor Rafael Perez.*

Un Fondista. *Señor Juan Antolin Miguel.*

Justino, criado del Mayor. *Sr. Ramon Perez.*

Otro criado del Conde. *Señor Santiago Casanova.*

La Condesa Minna de Barleim, sobrina del Conde. *Señora Maria Garcia.*

FANCHETA, camarera de Minna. *SEÑORA JOAQUINA BRIONES.*

MOZOS DE LA FONDA, que no hablán.

COMITIVA DEL CONDE, que no hablan.

La escena se representa en Berlin, en una Fonda de las mas principales.

ACTO PRIMERO.

Salon decentemente amueblado, que da paso á diferentes quartos de la fonda.

SCENA PRIMERA.

El Fondista, un Criado de libréa, y otros del Conde, y del Fondista que no hablan.

Preséntase el Fondista con algunos de sus mozos, vestidos en chupa, con gorros y mandiles, y algunos lacayos cargados con maletas.

A sus mozos.

Fond. Vamos volando; y que el cocinero, repostero y demas oficios, estén prontos para recibir las órdenes de los ilustres extrangeros que aguardamos.

A un lacayo.

¿No me diréis, amigo, quiénes son estos señores?

Lac. ¡O! ¡son grandes sugetos!

Fond. ¿Grandes sugetos? malo: mucho ruido, y poco gasto. Tened, tened:

A los lacayos.

no descargueis aquí; sino pasad adelante, porque pienso dar á vuestros amos la habitacion de un Oficial desgraciado, que hace tiempo se aloja aquí, y que le vendrá muy ancho otro aposento allá arriba; pero en compensacion merece que cuidémos de sus alhajas, que á buen seguro que ustedes no responderían de ellas.

Lac. Y sino, haced la prueba perdiendo alguna, donde podamos nosotros encontrarla.

Fond. Ya me guardaré... Digo...

A sus criados.

á estos perillanes ponedles malas camas, y buen vino, con eso se divertirán mas en beber que en dormir.

A los lacayos.

Vuestros amos, amiguitos, estarán aquí famosamente: tendrán camas ostentosas, y quartos muy cómodos. No hay fonda semejante en Berlin. En ella posan todos los Príncipes de Alemania; y aun he tenido el honor de hospedar en ella á los Ministros del Emperador, y del Rey de Francia.

Lac. Pues en recibiendo al señor Conde, ya habeis completado vuestra fortuna.

Fond. Sea enhorabuena. Supongo que será expléndido, y amante del buen trato...

Lac. Come y bebe á lo aleman, y paga á lo inglés.

Fond. ¡Grandemente! pues si él gasta con garbo, le trataré aunque sea de Alteza, porque eso no cuesta un bledo, y aquí estamos acostumbrados á llamar Monsieur ó Milor á qualquier viajante que llega, con tal que derrame plata, y mas que por otra parte nos hayan informado sus dependientes, que es un mercader de París ó Londres.

Lac. Bien hecho.

Fond. Ola, ola. ¿Con que el señor Conde es un gran sugeto, que gasta mucho, y paga pronto? Me alegro de saberlo. Y pregunto: ¿esta niña que viaja con él, es su muger, su hija, ó su... v. gr., su amiga? que debe de ser linda.

Lac. Es su sobrina: que él jamas ha querido casarse, á causa de que en toda Alemania no ha encontrado un partido que corresponda á su nobleza.

Fond. ¡Qué lástima para su posteridad!

Lac. Pero volviendo al Conde; hay pocos que le ganen á hombre de bien. El es verdad que adolece un poco de locura, de precipitacion, y de

ferocidad; pero qué importa, si al mismo tiempo que os da un pescozon, ó un puntapie, os regala con oro.

Fond. Pescozones á precio de oro, cierto que es bello comercio. ¿Y la sobrina da tambien monises y puntapies?

Lac. La sobrina da dineros y buenas razones. La sobrina es la muger mas amable, mas dócil, mas modesta, y mas cabal del mundo.

Fond. ¿Y cómo, siendo una señora de estas calidades, vive en compañía de semejante tio?

Lac. Como que de él pende su bien estar. Pero helos aquí.

Retíranse los criados.

SCENA II.

El Conde, Condesa, Fancheta, el Fondista y criados de libréa.

Enfurecido.

Conde. ¿Dónde diablos está este quarto, que hace una hora que aguardamos? ¿qué va que se burla de nosotros el seo huésped?

Fond. Señor, V. E. perdone la tardanza, procedida de que para acomodarle con la decencia

que corresponde á su carácter, he tenido que desalojar á un oficial...

Minna. Habeis hecho una cosa muy á disgusto mio; que no quisiera que mi comodidad le costase la suya á este caballero.

Fond. Los militares, señora, estan acostumbrados á campar y descampar con freqüencia: además de que su satisfaccion es negocio mio.

Conde. Dice bien el huésped, sobrina: ese es negocio suyo, y no tuyo, para que le tomes por tu cuenta.

Fond. El oficial se enojará si quiere; pero yo no me afligiré por eso: apuradamente no le he dicho ya que se vaya, por puro miramiento; pero lo cierto es que desacredita mi casa, y que me haría mucha merced en que se despidiese de ella.

Conde. ¿Cómo así?

Fond. ¡O! ese es cuento largo... es historia de á folio. Pero si la curiosidad de V. E. se interesa en saberla...

Conde. ¿Qué? ¿lance de honor?

Fond. No señor, porque él tiene la gracia de desagraviarse á pendencias: lo que hay de malo es que guarda demasiado la bolsa; bien que nada

tiene de extraño con lo que le ha sucedido, porque en fuerza de ser un hombre sincero y bondadoso, se ha dexado vender y engañar. De aquí proviene su desgracia; que ha escandalizado de manera á sus amigos y camaradas, que los unos le han vuelto la espalda, y los otros se han mudado de mi fonda, por no encontrarse con él, y verse en la necesidad de saludarle.

A Minna aparte.

Conde. Qué tal, sobrina, ¿no os parece que ha sido ligereza el venirnos á casa de este hombre?

Minna. Eso tiene remedio todavía: darle una excusa para que no lleve á mal nuestra mudanza, y hacerla á otra parte: ¿por ventura puede haber inconveniente en este paso?

Conde. ¿Pues no? ¿pensais que no deben preveerse las resultas? Yo temo que este oficial ha de ser del Regimiento del Mayor: y en tal caso es menester que á qualquier costa...

Fond. En lo demas es un mozo muy urbano, y que sabe vivir.

Conde. Claro está: á costa de otro.

Minna. Tio y señor, el exemplo del sugeto mas respetable nos enseña á fiar poco de los juicios

de los hombres: éste de quien se nos informa con tan poca recomendacion, es muy posible que sea tan desgraciado como el Mayor Teleim.

Con viveza.

Fond. ¿El Mayor Teleim? ese mismo...

Aparte.

¿pero qué voy á decir?

Minna. ¿Y qué sabemos si el propio Teleim...

Conde. ¿Qué pronuncias? ¿has perdido el juicio? ¿Pues hubiera osado este bellaco hablar así de semejante persona, sin que le hubiera muerto á palos?

Aparte.

Fond. ¡Cáscaras! lo que me esperaba si digo que es él. ¡Buena la habíamos hecho!

Conde. Vaya, acortémos discursos, y acabad de despojar á vuestro oficial, ó vuestro calabaza, arrojando por la ventana, si no basta la puerta, quanto pueda pertenecer á ese bribon.

Aparte.

Fond. Ya me guardaré bien de dexar ni aun rastro por donde vuelva á açordarse de él, á trueque de que no continúe las glorias de mi panegírico.

Conde. Cuidado que no quede cosa aquí que pue-

da venir despues ese hombre reclamando, y que ni aun espere tenernos que agradecer, quanto mas pagar los cumplidos ordinarios. ¿Lo entiendes?

Fond. Sí señor, sí: yo haré de modo, que hasta el oir hablar de él no os incomode. Vosotros venid conmigo.

Vase con los lacayos.

SCENA III.

Fancheta, Minna, y el Conde.

Conde. Lo que yo estoy viendo ya, es que no podrémos excusar una visita de este oficial.

Minna. ¿Hay mas de no recibirla?

Conde. Por lo que á mí hace, ántes quisiera recibir al diablo, que á un hombre de la traza con que nos le han pintado. Pero mudando de conversacion: tú, sobrina, ¿no has podido hallar la menor noticia de Teleim? Me pesa mucho y es menester no acobardarnos: prosigue tus pesquisas por todos los medios imaginables, y no dudes de mi asistencia, y mi ayuda.

Minna. En eso estoy; pero este oficial: este oficial...

Conde. Este oficial: este oficial es un pícaro. No me le tienes que nombrar otra vez. Te se figurará á tí que no hay otro por donde adquirir nuevas de Teleim. ¡Bravo! hoy mismo ¿qué digo hoy mismo? en el instante te las he de traer. Luego parto á saber qué se ha hecho en la corte: tú en tanto queda advertida de dar á ese maldito oficial, si se presenta, con la puerta en los hocicos, que yo voy á servir á Teleim. El viage que he hecho desde Saxonia no ha tenido otro objeto; con que, sin que me oigan á lo ménos, no me he de volver: que por falta de voces no ha de quedar.

Aparte.

Fanch. Eso yo lo fio.

Cond. Sí señora. Teleim exîge estos oficios, y yo no se los tengo de negar. Veré al Ministro de Guerra, y si es menester al Rey mismo, y le diré: "Señor, V. M. no tiene en todo su reyno »un hombre tan honrado como Teleim: es un »vasallo fiel, y un enemigo generoso. Ya podeis »restituirle sus bienes, su honor, su empleo; y »aun no haréis mucho en colocarle á vuestro »lado, habiendo tanta escasez de hombres de »bien, y mas en la corte."

Minna. Bueno, tio; pero con otro estilo.

Conde. ¿Con otro estilo? no ha de ser sino con este, y aun le añadiré: "sepa V. M. que le han »engañado, y que ha dado demasiado crédito »á los acusadores, ó por mejor decir, á los émulos de Teleim. Ellos le han persuadido que su »conducta de nada ha tenido ménos que de pura »y fiel en la exâccion de contribuciones que nos »hizo en la última guerra, y por prueba daban »los papeles que se le encontrarian de inteligen»cias y acuerdos con nosotros. En su virtud »mandó V. M. ocupar todo su escritorio, y le ha »condenado por solo un documento que no acre»dita sino su beneficencia y humanidad. Sí señor: »V. M. habia dexado á su arbitrio la quota á »que debian ascender quando nuestra situacion »no las consintiese mayores. Teleim ha executa»do puntualísimamente vuestras órdenes, que»riéndolas cumplir en toda su extension; pero ya »que el conocimiento práctico é indubitado de »nuestra miseria le reduxo á imponernos la carga »mas ligera (aunque siempre insoportable á nues»tras fuerzas) importa que V. M. sepa cómo se »conduxo para qué pudiésemos sufrirla. Le ha»bian nuestros Bailiages representado inutilmen-

»te la imposibilidad de satisfaceros, á pesar de »la execucion militar con que Teleim los habia »amenazado: todos nuestros conciudadanos con »las manos juntas, y levantadas al cielo, cla- »mando por el ser supremo, por la humanidad, »y por vos mismo, aguardaban afligidos la suerte »que les preparaba el zeloso executor, bien fue- »se el incendio, el pillage, ó la muerte, que »aquel no dexaba de retardar; pero que ellos no »obstante miraban inevitable. Teleim corre la cor- »tina á esta scena tan patética y triste; llena aque- »llas abatidas almas de consuelo y alegría; y dan- »do libertad á las lágrimas que la autoridad y el »decoro habian tenido reprimidas, abre su propio »bolsillo para completar la suma que ellos de- »bian, y V. M. demandaba. Esta es la deuda de »los Saxones, y el delito de Teleim. Este el »reconocimiento que todo un pueblo postrado »en tierra le ha tributado, y no como se ha que- »rido persuadir el precio de sus pérfidas condes- »cendencias hácia los Bailiages. Dígnese, pues, »V. M. reparar los perjuicios que padece, como »un rasgo el mas característico de la soberanía; »pues en su defecto tomarémos á nuestro cargo »esa incumbencia. Reserve V. M. enhorabuena

„el vale que hemos hecho á Teleim, y que la „calumnia y la ruindad han llevado hasta los „pies del trono; que no por eso dexarémos de „pagar á este heróico oficial los dos mil doblo- „nes que nos ha adelantado, quedando despues „acreedor á nuestro eterno agradecimiento."

Minna. ¡Ay tio y señor! ¡qué corazon teneis tan noble y generoso! Bien mostrais quánto la virtud os inflama, pues temeis tan poco irritar al que la ha de juzgar. ¿No veis que para hablar á los Reyes es necesario mucho tiento y circunspeccion?

Conde. Lo veo: pero no veo que esta circunspeccion y ese tiento me arrastren á prostituir la verdad; porque en mi concepto tiene ménos vergüenza el que se retrae de mirarla desnuda, que el que mendíga disfraces para cubrirla.

Minna. Teneis razon; mas el amor que mostrais á Teleim os debe abstener de comprometerle, quando tratais de servirle.

Conde. ¿Cómo es eso de comprometerle quando trato de servirle? ¿pues me crees tú algun tonto, ó algun bestia? Si digo yo que los niños quieren apostárselas á los viejos. Ahora bien, tú que tanto sabes, dirige este negocio como te pa-

reciere, que yo ni entro, ni salgo. *Siéntase.*

Aparte.

Fanch. Poco perderíamos en eso.

Minna. Pero señor, si no me habeis entendido. ¿Es posible que una reflexîon?...

Conde. ¿Pues no sé yo tambien reflexîonar? El mal está en que sea tan majadero, que me quiera tomar estos cuidados.

Minna. Vos quereis obligar. ¿No es así?

Conde. Como que ese es mi flaco; pero deseo que se me dexe obrar.

Aparte.

Fanch. Estamos ya tan escarmentados...

Conde. Que se tenga confianza en mis operaciones.

Minna. Es muy justo.

Conde. Que se me dexe reflexîonar á mí solo.

Aparte.

Fanch. ¡Para el alma que se opusiera!...

Conde. Y que nadie presuma tener mas entendimiento que yo.

Minna. Jamas he tenido semejante idea.

Aparte.

Fanch. ¿Pues no sería un gran pecado de vanidad?

Minna. Tio mio: mi querido tio, estad cierto...

Conde. Basta: no haya mas: calla, y déxame ha-

cer. Ya te prometí correr al alivio de Teleim, y lo he cumplido, á pesar de la gota, porque te interesa, y á mí tambien; pero enmedio de eso es menester admirar su extravagancia. ¿Reusar tu mano porque eres rica? El diablo lo ha imaginado; y ciertamente que me pica su galantería. Sin embargo ya estoy empeñado en servirle.

Minna. Y yo muy obligada de esa fineza.

Conde. No, no: bien me la puedes agradecer; pues maldito si tenia gana de presentarme al Rey de Prusia, porque ignoro el recibimiento que me hará. Este Príncipe no gusta sino de militares ó literatos: yo no soy lo uno, ni pienso ser nunca lo otro; que no he de desairar los diez y seis quarteles de mi escudo de armas, ni hacerme sabio por complacerle. Harto estoy de ver á los Algarotis, los Mopertuis, y los Voltaires en su coche con él: pero ¿qué substancia sacaban de eso?

Minna. Teleim, no obstante, os ha hecho confesar que la ciencia...

Conde. Teleim no me ha hecho á mí confesar nada. El es un menguado; yo me enfadaba, y le precisaba á darme la razon.

Fanch. Siquiera por no oirte. *Aparte.*

Conde. El está un poco preocupado por la litera-

tura; pero es menester disimulárselo, porque al fin me lee las gazetas, y en verdad que contienen cosas curiosas; pues dicen las promociones que hacen los soberanos, los nombres de sus empleados, los casamientos y muertes de los xefes de las casas; y últimamente todo lo que hay que saber de mas importante.

Aparte.

Fanch. Para los diez y seis quarteles.

Conde. Voy, voy á ver á quantos estamos de comida y camas, y despues á visitar á los Ministros, á los Comisarios, y á la corte entera, y hacerles entender nuestra justicia, si es que quieren entenderla. *Vase.*

SCENA IV.

Fancheta y Minna.

Minna. Mi tio me hace temblar.

Fanch. Pues no me parece que hay por qué; pues el señor Conde ama tanto á Teleim como vos misma, y le llevan toda la atencion sus alivios.

Minna. Es verdad.

Fanch. Además de que él ha hecho lo que sin ayuda no hubiérais podido hacer vos.

Minna. Tambien es cierto.

Fanch. Ha dexado su casa y su tierra por venirle á defender.

Minna. En todo convengo... él es el mas benéfico del mundo ; pero su humor perjudica comunmente á los que quiere favorecer.

Fanch. Eso es en lo que tambien convengo yo.

Minna. Es capaz de enojarse con los criados, si le detienen un momento en la antecámara ; y mas adentro, con los Ministros, si no le satisfacen sobre esta detencion ; y reconvendrá á unos y á otros con que si no le conocen, habiendo de ellos quien ni aun haya oído su nombre : mas lo peor no está en eso, sino en que á la menor réplica que le hagan en el negocio de Teleim, los dexará con la palabra en la boca, y saldrá echando pestes contra los Ministros y Comisarios, tratándolos de tontos, de malévolos y envidiosos, con que se perderá todo.

Fanch. Sus arranques son esos, pero se le pasan pronto.

Minna. ¿Y al ofendido se le pasará tan pronto su agravio? Otra cosa. Si por desgracia Teleim no resultase plenamente justificado, ¿quál vendría á ser su suerte?... Pero no sé cómo me tomo por

él estos cuidados, siendo así que en tanta ausencia no le he merecido una carta. Acordándome de esta tibieza, apénas hay instante que no me vea tentada de aborrecerle.

Fanch. ¡Pero qué cortos son por fortuna!

Minna. Tienes razon, Fancheta: pero díme ingenuamente, ¿no debo yo perdonarle este impertinente miramiento con que me trata en obsequio de la finura y de la heroicidad que envuelve? Sí amiga; yo me figuro en Teleim una criatura tan distinguida y privilegiada, que hace sombra á todo el género humano... pero mi entusiasmo y mi indiscrecion es quien da sér á estas quimeras.

Fanch. Con todo, es menester confesar lo que no se puede encubrir.

Minna. Y lo que no se debe encubrir. Yo amo á Teleim; pero no como se ama á los demas hombres, es decir, con aquella cautela y aquella desconfianza, efectos del desprecio con que miramos á nuestros semejantes, y de las preocupaciones de nuestra educacion. Yo le amo con seguridad; yo se lo declaro con franqueza, y la misma tengo con todos; porque ni temo al público, ni á mi amante, ni á mi propia, quando

contemplo que hay pasiones tan nobles que exîgen respetos aun de las personas mas corrompidas; y si no ¿en quién pudiera yo haber colocado mi aficion que la mereciese mejor? ¿ó quién responderia mas adequadamente al público de la delicadeza de mis sentimientos?

Fanch. El discurrir así procede de que os veis huérfana, de diez y nueve años, y sin tener atencion que guardar.

Minna. Aun quando subsistiese baxo la patria potestad, pensaria lo mismo. Diria á mis padres: "este es el hombre que puede solo hacerme feȝ»liz en el mundo: este es el que yo prefiero á »todos por la ventaja que á todos lleva su vir»tud; por tanto le elijo, le quiero, y le amo »para esposo mio."

Fanch. Eso es ser de golpe y porrazo.

Minna. Los que deben avergonzarse de su conducta son aquellos que se casan sin respetar el matrimonio, ó que se mantienen celibatos para pervertir el órden de la sociedad, y no por virtud, sino por un efecto natural de sus desarreglos, y se avergüenzan por un remordimiento de su conciencia; pero yo ¿por qué he de avergonzarme de querer á Teleim: mi in-

clinacion me llama á ser madre tierna, esposa fiel; y de ello es fiador mi corazon, á quien he consultado para asegurar mi virtud: quanto mas, que esta propension á amar nace con nosotros, ¿y qué pasion hay tan loable y tan honesta quando no da márgen á la censura de las gentes, ni nuestro propio pundonor encuentra por donde afearla? Yo amo á Teleim, y despues de haber tenido la complacencia de dárselo á entender, no me resta otra sino que nadie lo ignore.

Fanch. Haceis bien, señora; pero no me sucede á mí así con Pablo Verner; pues quando se me habla de nuestros amores, me pongo mas colorada que una grana, y con todo eso...

Minna. Ya te entiendo; pero tú estás demasiado bien criada para tener el falso pudor de que yo hablo, y que suele ser consiguiente á tu corta edad en que se trasciende poco.

Fanch. Ese es favor que me haceis; pero en verdad que yo demasiado trasciendo.

Minna. Calla... y vamos á otra cosa. Ridern, á quien he mandado que vea á este oficial del regimiento de Teleim, no vuelve aun, y no sé á qué atribuirlo. Es tanta la impaciencia que tengo por saber...

Fanch. Despacio, señora; que Ridern acaba de partir.

Minna. Pero para excusarme con este caballero, á quien hemos desalojado, ¿es menester tanto tiempo?

Fanch. Y para preguntarle donde está Teleim; lo que sabe de sus negocios, &c. ¿es menester tan poco?

Minna. Yo no le he dado ese encargo, Fancheta; pues solo le he prevenido que pida ese oficial...

Fanch. Yo no acertaré á decir lo que le habeis prevenido; pues lo cierto es que le habeis hecho ir y venir diez veces para darle de otros tantos modos el recado; y yo me llevaria un chasco si él lo hubiese entendido solo una.

Minna. ¿Eso hay? pues á buena hora lo avisas. ¿Por qué no lo dixiste ántes, te hubiera enviado á tí?

Fanch. ¿A mí, señora? ¿una criada vuestra ir en busca de un oficial? ¿pues creeis que son todos como Teleim?

Minna. Tienes razon, Fancheta mia. Díme, ¿conoces tú otro que tenga mejores qualidades que Teleim?

Fanch. Verner tambien tiene su mérito.

Minna. ¿Que sea mas generoso y bizarro?

Fanch. Así tuviera con qué.

Minna. ¿Que se presente con mas garbo?

Fanch. El no hace mas que el exercicio; pero es con una gracia...

Minna. ¿Que tenga mas agrado, mas amabilidad?

Fanch. De quando en quando arroja un juramento, pero sin hacer mal á nadie.

Minna. ¿Pues qué, jura?

Fanch. Alguna vez; pero de un modo que me hace desternillar de risa.

Minna. ¡Qué ingenio!

Fanch. Es muy chistoso y divertido.

Minna. Pero cómo, que dice las cosas con un donaire sin igual.

Fanch. ¿Luego le habeis oído alguna vez?

Minna. ¿A quién? ¿á Teleim?

Fanch. Si creí que hablabais de Verner.

Minna. Anda, que tan locas estamos una como otra.

Fanch. ¿Qué quereis, señora? Cada qual tenemos nuestra manía, y la mia se va pareciendo á la vuestra en que me impacienta ya la tardanza de Ridern, porque le encargué que de camino se informase de Verner.

Minna. ¿Esto mas? ¿y qué hace ese informe á mi propósito? Ya no extraño que tarde si ha llevado esa nueva comision, que no dexará de evacuar, aunque sea con perjuicio de la mia. ¿No te parece que es de mucha importancia el saber de Pablo Verner? ¿y á quién quieres tú que le pregunte? ¿al oficial? ¡Ahí estará él para dar razon de un aposentador! Bueno será que no le haya despedido á empellones.

Fanch. Con eso volverá mas pronto.

Minna. Basta ya de chanza; y baxa luego á preguntar al Fondista y á mis criados dónde está Ridern, y qué es de ese oficial, trayéndome al momento la respuesta. *Vase.*

SCENA V.

Fancheta sola.

Fanch. Voy volando; pero si tropiezo por fortuna con Verner, se llevó el diablo la comision.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Justino y el Fondista.

Just. Esto es hecho. El señor Mayor no quiere el quarto donde has pasado sus alhajas, ni otro alguno. Tú nos has mudado sin contar con nadie; y así vé aquí tu dinero, que nosotros nos vamos: marcha.

SCENA II.

Justino, Verner y el Fondista.

Vern. ¿Qué hace el seo Justino con este canalla?

Just. Le pagaba, y decia que se me quitase delante.

Vern. ¿Y qué todavía se hace de pencas? Por vida de, que si no te vas, he de pagarte yo como mereces.

Fond. No, no: sino pido nada.

Vase corriendo.

SCENA III.

Justino y Verner.

Vern. Amigo Justino, yo vengo determinado á entregar mi pequeño caudal al Mayor; y luego me parto á hacer la guerra á los Tártaros, á los Cosacos, y á los Calmucos.

Just. ¿Y qué animales son esos?

Vern. Vos sois un pobre hombre. ¿Pues no habeis oído hablar de Pugast-Chew?

Just. No: ¿quién es ese Pugast-Chew?

Vern. Es el xefe de ciertos revoltosos, á quien tengo terrible ojeriza: y así pienso agregarme á los Rusos para cascarle las liendres. Gracias á Dios que hay guerra, aunque sea en un rincon del mundo: que yo esperaba que se volviese á encender en Alemania; pero no veo traza de campamentos, ni revistas; y no puedo vivir sin batallas. Cabal: soldado nací, y soldado he de morir, que para eso tienen los Rusos guerra con los Calmucos, y los Tártaros. Veamos si estos señores son tan bravos como los Européos, como los Alemanes, y sobre todo como el soldado Prusiano.

Just. No creo que seais tan loco, que abandoneis vuestra hacienda.

Vern. Para eso la llevo conmigo, que la he hecho quartos.

Just. ¿La habeis vendido?

Vern. Como suena: ayer me diéron por ella doscientos ducados, que le traigo al Mayor en buena moneda.

Just. ¿Para qué?

Vern. Para que se los coma, para que se los beba, y para que se los juegue: que un hombre como él no debe estar sin dinero: y es harta superchería por mi vida, que se le retenga hace tanto tiempo lo que se le debe, y que se trate al hombre mas honrado del exército con tanta barbarie é injusticia. ¡Ah! si yo estuviese en su pellejo, ya echaría noramala el servicio, y me mondaría con Pablo Verner.

Just. Amigo Verner, vos sois bueno hasta no mas; pero guardaos vuestro dinero, que nosotros no le querémos; y aun podeis recoger el que disteis en depósito á mi amo, porque me ha encargado os diga le quiteis ese cuidado.

Vern. Antes me habeis de decir á cómo está de caudal propio.

Just. A ninguno.

Vern. ¿Pues de qué os manteneis?

Just. De las reliquias de nuestra fortuna.

Vern. ¿Y reusa tomar mi bolsillo en semejante estrechez?

Just. Sí, y aun acaba de reñirme asperamente porque le dí á entender que estábamos de acuerdo en que podia disponer de él á su arbitrio.

Vern. Pues hemos de ver quién puede mas.

Just. Os cansaréis en valde; y para que lo creais, os he de contar una accion suya muy reciente, que me acaba de confundir, y os debe quitar toda esperanza de que acepte vuestro agasajo.

Vern. ¿Y quál es?

Just. Ya conoces á la Condesa de Marlof.

Vern. Sí: es la viuda de uno de sus antiguos camaradas, señora muy respetable, y muy desgraciada, tan sobrada de familia, como falta de bienes.

Just. Pues en este instante ha salido de aquí.

Vern. Su marido debia mucho dinero al Mayor.

Just. Ya no le debe un quarto, y por eso no está mas rico mi amo.

Vern. ¿Cómo?

Just. Yo estaba oculto en su aposento sin que él

lo supiese, y he presenciado una escena la mas extraordinaria que he visto en mi vida. Entró Madama Marlof, y le dixo que venia á pagarle las deudas de su marido, y recoger sus vales. El Mayor se hizo el desentendido de tales deudas, y tales vales: la obligó á volverse con su dinero, y en quanto puso el pie fuera de la estancia los hizo pedazos.

Vern, ¿Y son estos los hombres á quien se persigue? ¿y hay camaradas tan infames, que quando debieran besar donde pisa, le vuelven la espalda? Vaya, es menester que yo huya de esta tierra: ¡sí, Justino, no hay remedio! porque al acordarme de esto, faltaría á la subordinacion, y temo que me volvería contra el mismo Coronel.

Just. Y ya que os vais, ¿por qué no es hácia Saxonia?

Vern. Amigo, porque no puedo. El exemplo del Mayor lo repugna. El se ha dexado allí, como yo, una dama sumamente amable, y á pesar de eso, no piensa volverla á ver: con que es forzoso irse á matar enemigos. Fancheta y la gloria, son las dos señoras únicas que reconozco. Pero en todo caso no me la traigais á la memoria,

porque se me angustia el corazon.

Just. ¿Pues Fancheta, no os corresponde?

Vern. Qué sé yo.

Just. ¿No lo sabeis?

Vern. No: pero qué mucho si ya me habeis visto en la campaña, y no creo me tengais por corto, ni perezoso; y no obstante, jamas he tenido valor para mirarla cara á cara, y preguntarla si me queria.

Just. ¡Qué flaqueza!

Vern. Mas con todo, yo estoy en que ella me ama, porque esos secretos mas se suelen fiar á los ojos, que á la lengua.

Just. Sea enhorabuena, amigo Verner: y con esto, á Dios, que voy á buscar posada para esta noche. *Vase.*

Vern. Allá voy tambien...

SCENA IV.

Minna y Verner.

Mirando adentro.

Minna. Avisadme luego que vuelva Fancheta.

Repara en Verner.

¡Pero qué veo! ¡podré dar crédito á mis ojos! ¿No sois vos Pablo Verner?

Con admiracion.

Vern. Señora... ¿qué miro? ¿si me engañaré? ¿sois por dicha Madama la Condesa?

Minna. Sí soy: y apénas creo tan venturoso encuentro.

Vern. ¿Pues quién habia de daros aquí? ¿ó qué puede haberos traido?

Minna. El deseo de proporcionar algun consuelo á vuestro Mayor.

Vern. ¡Ah, señora! quánta es vuestra generosidad, y qué superior sois á todos los bienes de la tierra! Por fortuna nuestro regimiento está aquí de guarnicion. ¿Pero podréis creer que no habiendo oficial en el cuerpo á quien el Mayor no tenga en obligaciones, todos desde su desgracia huyen de él con la mas fea ingratitud?

Minna. ¡O qué golpe para su sensibilidad!

Vern. Pero él los paga en la misma flor: de ninguno hace caso. Bien es verdad que su alma está herida, y no hay sino vos que se la podais sanar.

Minna. ¿Ha dudado acaso de mi ternura?

Vern. Ahora le ocupan todo sus infortunios.

Minna. Yo no los creo tan irreparables, que no baste el testimonio de nuestros estados...

Vern. No señora, no basta, porque no quiere reclamarle, diciendo que sus enemigos le argüirán de haberle mendigado, y sacarían nuevas ventajas contra él.

Minna. Sin embargo, á venir nuestra primera nobleza en su demanda...

Vern. Aunque viniera toda la Saxonia, adelantaría muy poco: y eso que yá se le han empezado á dar pruebas de la precipitacion con que ha sido tratado; pero no será él tan generoso que admita de gracia estos oficios. Por exemplo, se le habia prohibido salir de Berlin, y ahora se le ha alzado el entredicho: ¿pero qué tenemos? él ha respondido que no ha de poner el pie fuera de la ciudad hasta haber confundido á sus contrarios, aunque le costára dexar la cabeza en un cadahalso. Esto se llama bizarría.

Minna. Como suya.

Vern. El Director de la caxa militar, su enemigo secreto, le acaba de insinuar que dentro de una hora se presente en su posada. Yo temo que

sea para prevenirle que se retire, ó acaso para ofrecerle algun favor.

Minna. Que desechará.

Vern. Sin duda. El ha quedado en ir; pero estoy seguro de que el acusado confundirá al acusador. Ahora bien, madama, su verdadero consuelo estriva en vuestra venida, y yo cuento con él para entrambos El Mayor tiene quanto ha menester en una dama sin par, que le adora, en un Aposentador que se dexará desquartizar por servirle, y en su propia conciencia que le salva. ¡Qué bienes para no vivir alegre! Yo voy á anunciarle vuestra llegada... ¡pero santos cielos! ¿no es Fancheta?

Al irse á partir, columbra á Fancheta, y con la sorpresa se va retirando para dar lugar á que ésta hable con la Condesa, sin reparar en él.

SCENA V.

Fancheta, Minna y Verner.

Fanch. ¡Ay señora! albricias, que acabó de ver á Teleim. Se ha arrojado á mis brazos. Fancheta, mi amada Fancheta, me dixo arrebatado, ¿á

qué ha venido tu ama? Yo no debería ponerme á su vista: sí, yo no debería parecer en su presencia; pero no tengo valor para reusarla: ya te sigo.

Minna. ¿Qué dices, Fancheta? ¿Yo estoy próxîma á verle? ¿Mis ojos van á recobrar su objeto? Pero, ¿qué? ¿dice que deberia huirme? ¿que no deberia verme? ¿Por qué no le has traído contigo? Yo tiemblo...

Fanch. Pasito, señora: que es menester dar lugar á que llegue, pues está el pobre mozo tan abatido y acabado, que no puede andar á mi paso. Además de que (ya lo sabeis) los hombres son muy vanos, y conviene que se enxugue los ojos, y afecte entereza. Pero haced este obsequio á vuestra impaciencia, y salidle al encuentro, si ya no es que se ha zabullido en vuestro quarto.

Minna. Salgo volando á recibirle; pero ántes he de pagarte beneficio por beneficio. Tú me traes á Teleim, y yo te dexo con Verner.

Vase señalándola á Verner, con cuya vista queda tan sorprehendida como él.

SCENA VI.

Fancheta y Verner.

Fanch. ¿Verner?

Vern. ¿Fancheta?

Fanch. Yo estoy turbada. *Aparte.*

Aparte.

Vern. Yo no sé qué decirla.

Yo te daba cien leguas de aquí.

Fanch. Pues yo no te daba tan cerca.

Vern. No porque me pese del hallazgo.

Fanch. Ni á mí tampoco, á fé mia.

Vern. Por señas de que he admirado tu buena voluntad hácia el Mayor, y el regocijo con que anunciabas su venida á la Condesa.

Fanch. Es que me consta lo grata que habia de serle esta nueva: porque es de tanto gusto el hacer saber su dicha á otro...

Aparte.

Vern. Ya se vé. Y no se acuerda de la suya.

Fanch. ¿Hace mucho que está por acá Monsieur Teleim?

Vern. Dos años, tres meses, diez y ocho dias, y doce horas.

Fanch. Cabal: la misma es mi cuenta. Y nuestra reunion, Verner, ¿será muy duradera?

Vern. Pluguiese á Dios que nunca se acabase.

Fanch. ¡Oxalá! Que á todos nos estaría bien, incluso mi ama.

Vern. ¿Quiere tanto al Mayor todavía?

Fanch. ¿Pues tienes tú por tan fácil el olvidar lo que una vez se quiso?

Vern. ¿Cómo fácil? ni posible. Si yo te dixera lo que hacíamos para acordarnos de vosotras....

Fanch. Para eso nosotras no necesitábamos de artificios que excitasen vuestro recuerdo, porque se nos ofrecia naturalmente en quanto hacíamos.

Vern. Lo mismo á nosotros.

Fanch. Enmedio de la mayor concurrencia...

Vern. Siempre que estábamos solos...

Fanch. Me decía la Condesa: ¿Ves tú aquí alguna persona comparable con Teleim?

Vern. Nosotros decíamos: Nadie merezca nuestra vista, no viendo á Madama la Condesa... y á Madamita Fancheta.

Fanch. Si la referian una accion heroica, ó la alababan un personage benemérito, prorrumpia... se parecerá á Teleim.

Vern. ¿Y á Verner no, Fanchetita?

Fanch. Eso lo decia yo en mis adentros. Otras veces tomábamos un mapa...

Vern. ¿Mapa? ¿Y para qué, Fancheta?

Fanch. Para buscar el sitio donde os hallabais, y seguiros siquiera mentalmente. La Condesa me decía. "Ahora estan aquí: ahora estan allí: „los Austriacos estan acampados en aquel lugar, „los Prusianos en este: hoy ó mañana se debe „dar aquí una batalla: el Mayor Teleim cargará „á la frente de su regimiento..."

Vern. Y Verner, ¿qué hacia?

Fanch. Yo no osaba mirar, ni aun atender á semejantes descripciones, porque temblaba como un niño, aguardando quando era la hora de que se descargaba un fusil, y te levantaba la tapa de los sesos.

Vern. Muchas gracias, hija mia. Pues nosotros quando íbamos destacados, quando embestíamos, quando forzábamos las líneas enemigas, decíamos: vea usted aquí si ellas no tuviesen miedo, ¿qué placer no sentiríamos de combatir á sus ojos? Y viendo yo que no habia otro remedio, me proponia contaros á mi vuelta las proezas que yo habia hecho por la gloria, y por vos, señora Fancheta.

Turbada.

Fanch. ¿Cómo por mí?

Sobrecogido.

Vern. Perdonad, que...

Fanch. No hay de qué.

Aparte.

¡Que no me atreva á escucharle!

Aparte.

Vern. ¡Que no tenga yo valor para hablarla mas claro!

Fanch. La pasion de Teleim á la Condesa me tiene toda ocupada.

Vern. La ternura de la Condesa hácia Teleim me lleva toda la atencion...

Fanch. Y así, voy á noticiarla su fortuna.

Vern. Y yo á él la suya.

Vanse cada uno por su lado, y ántes de entrar vuelven á mirarse, y dicen como cortados.

Fanch. Monsieur, besoos las manos.

Vern. Madama, besoos los pies.

Entrase Fancheta apresuradamente despues de haberle hecho una ligera reverencia, y él queda confuso en ademan de haberse dexado algo por decir.

SCENA VII.

Verner solo.

Vern. Ya partió, y mi secreto se ha quedado en el buche: corro á alcanzarla... ¿pero seré mas determinado quando vuelva á verla?

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Minna y Fancheta.

Minna. ¿Ves, Fancheta, qué bien te seguía? ¡Ah, cómo te ha burlado! ¡Y cómo habrá torcido el camino hácia la casa del Ministro que le aguardaba, siendo lo peor que regularmente no se habrá prevenido de aquel fondo de moderacion que le es tan preciso, y que tal vez hubiera yo podido inspirarle!

Fanch. No, no, señora: que me dixo que me seguía... Pero tened, que si no me engaño él viene aquí... Con efecto él es...

Minna. Pues disimulemos, y hagamos frente á su desesperacion, con un ayre festivo é indife-

rente, que si es posible le haga dudar de su desgracia, al paso que le advierta de la parte que me tomo en repararla.

SCENA II.

Fancheta, Minna y Teleim.

La actriz que represente el papel de Minna debe esmerarse en esta escena, para dar á conocer por movimientos de tristeza quando Teleim la habla, la violencia que se hace para contestarle con alegría: y asimismo para pasar gradualmente de este tono á otro mas serio y grave.

De un semblante mustio toda la escena.

Teleim. ¡Minna! ¡mi querida Minna! ¿aquí vos? *De un ayre jovial y afectuoso.*

Minna. ¡Teleim mio!

Teleim. ¿Vos en Berlin, señora? ¿Pues qué accidente puede haberos traído? ¿Qué buscais en este país?

Minna. Nada absolutamente... ¿Y vos, Teleim?

Teleim. Yo, sí señora, busco aquella virtud que echo ménos para hacer cara á mis desdichas.

Minna. ¿Virtud? ¿qué decís? ¿y nuestro amor?

Teleim. Ay señora, que á ese recuerdo me estremezco.

Minna. ¿Os estremeceis? pues yo me conforto. ¿Por ventura me amais todavía?

Teleim. ¿Que si os amo, Minna? mas que á mí mil veces.

Minna. ¿Vos me amais, Teleim? ¿Vos poseis el corazon de Minna, y os teneis por desdichado? Por cierto que dexas ayrosa mi vanidad, quando me creía yo mas poderosa para animaros, que todas vuestras desgracias para abatiros.

Teleim. Eso fuera á no estar privado de vos, señora. Yo bien puedo soportar mis trabajos, y hacerme fuerte contra la crueldad, y la injusticia de los hombres; pero no me siento con fuerzas para sobrevivir á nuestra separacion.

Minna. ¿Y quién será capaz de separarnos? ¿Acaso vos, Teleim?

Teleim. El honor. Yo no soy ya aquel Teleim que conocísteis en Saxonia: aquel hombre ante quien se abrian las sendas de la fortuna y de la gloria: soy un soldado abatido, arruinado, perdido por sus enemigos, y no debo haceros partícipe de mis infortunios.

Minna. Pues ved precisamente lo que yo vengo buscando.

Teleim. Yo no tengo ya otro recurso que un desierto.

Minna. ¿Y Minna? Yo os consiento que aborrezcais á toda la naturaleza humana, pero con la condicion de que este ódio haya de ceder en provecho de nuestro amor. Vos teneis sobrada razon para quejaros de los hombres. Cierto. Pues abandonadlos por mí, aunque les quede yo en la obligacion de haberme subrogado en sus derechos sobre vos, que seguramente no se los restituiría sino con mucha pesadumbre. ¿Comprehendeis quanto encarezco esta dicha? Esto es: Teleim se ha desprehendido de todos los vínculos que le unian á los demas: él ha renunciado al servicio del Rey, á su corte, y á sus ministros: ha vuelto á cobrar su tiempo y su libertad, que me sacrifica: la malignidad de los hombres le ha auyentado de ellos, para vivir á solo Minna que conoce, aprecia, y respeta las virtudes: y ved como el amor y estimacion de Minna bastan á constituir su felicidad.

Teleim. ¿Qué escucho? ¿dónde estoy? Dexadme, señora: no me ofrezcais un bien que no puedo

admitir sin la nota de usurpador; y temed que no tenga todo el ánimo necesario para resistirle.

Minna. ¿Temerlo? Bueno está, quando lo solicito.

Teleim. Mirad por vos, señora, y ponderad lo que es un hombre caído de la gracia de su señor, y ofendido en su honor.

Minna. Si está culpado, le compadezco; y si inocente, le estimo mas.

Teleim. Es un hombre extrangero en la sociedad, á quien el mas vil tiene licencia para insultar, y cuyo trato y conexîones reusan todos: es un hombre que por precision ha de renunciar al mundo, como destituido de conocimientos, amigos y parientes, y marcado con el sello de la infamia.

Minna. Despacio, despacio, señor Teleim: que yo con semejante hombre nada tengo: yo quiero solo á uno que me haga envidiada, y ese sois vos. Venios conmigo á vivir enmedio de mi patria, y enmedio de aquellos mismos Saxones á quienes habeis conservado los bienes, las vidas y las honras: allí veréis si Minna se avergüenza de ser vuestra.

Teleim. ¡Ah, señora! que astutamente ingeniosa

discurris para animarme, y aun para ensoberbecerme.

Minna. No, no: aquí no hay misterio. Vos sois tan famoso en Saxonia, como desconocido en Berlin; pero si mi amor os es tan apreciable como decís, nadie debe quejarse de vuestra desesperacion como yo, que no basto á contrapesar las demas penas, quando sabeis que el crédito solo de vuestras acciones en aquel pais me arrastró á conoceros, y la diligencia que puse en que os dexaseis encontrar de quien os buscaba llamada de vuestra gloria, facilitó vuestro hallazgo. ¿No es este, digo, un título suficiente para consolaros? Quanto mas que los sucesos no siempre corresponden á las esperanzas, ni las mas veces las recompensas á los merecimientos; pero conviene recibir las indemnizaciones que por otro lado nos ofrece la fortuna: y decir v. gr. "Es verdad que perdí la estimacion „de algunas gentes, preocupadas ó alucinadas; „pero he hecho una buena accion que me ha „valido todo el corazon de Minna."

Teleim. ¡Ay Minna adorada! qué poco vacilaría mi corazon á encontrarse entre el vuestro, y el mayor trono de la tierra; pero no os canseis

que no puedo alargar mi manó para traeros al precipicio.

Minna. Vaya que teneis idéas extrañas. Temeis asociarme á vuestra desdicha, y la repulsa de vuestra mano labra mi afrenta. Sí, Teleim: ved el único mal que podeis hacerme. Nuestras Saxonas han comprehendido mi amor y mi flaqueza, y me envidian la felicidad de haberos conquistado.

Con una sonrisa afectada.

Teleim. ¡Ah! que yo conozco demasiado á las mugeres, para creer que os envidien la parte que pretendeis en mi desgracia. No señora, la dichosa Minna no se ha hecho para el infeliz Teleim.

Minna. Antes yo me figuro que jamas hemos sido tanto el uno para el otro. Ambos tenemos mil bienes que partir, yo vuestros disgustos, y vos mis consuelos: y si bien quedais agraviado en el cambio, me amais de manera, que no me disputaréis la ventaja que os llevo. Por último, mi querido Teleim: ¿queréis que yo os diga verdades que no admiten réplica? pues estimaos, y cumplís con la justicia que os debeis: amadme, y aprovechais el alivio que os ofrezco: aceptad

mi mano, y desempeñais la deuda en que estais á mi reputacion.

Enternecido.

Teleim. ¡O quánto os engañais, Condesa! ¡ó (mejor diré) quánto trabajais por engañaros, haciéndome sufrir la alternativa mas cruel entre el amor y la obligacion! Yo no conozco la ambicion, la codicia, ni las demas pasiones que tiranizan al hombre:

Con toda la expresion del sentimiento.

solo conozco al amor, y al amor que vos me inspirais: sin vos no hay indemnizacion para mí en el mundo, y con vos no caben penas en un yermo; ¿pero qué digo? el cielo, el cielo todo no tiene para mí beneficios sobre la tierra si los separa de vos. Este es vuestro Teleim, y éste será hasta el postrer suspiro: no lo dudeis; pero tampoco dudeis,

Con entereza.

que ninguna cosa bastará á hacerme olvidar lo que me debo, y lo que os debo. Sí, Minna, en este momento en que os vuelvo á ver tan fina y generosa, en que reanimais mis espíritus con la perspectiva de la felicidad, en que vuestra hi-

dalguía, vuestra delicadeza, y vuestro cariño deberían sofocar todo otro sentimiento en mi corazon: en este mismo momento tengo la valentía de anunciaros, que si el Rey no me reintegra en mi empleo, en mi crédito, en...

Minna. Acabad.

Con gallardía y constancia.

Teleim. Sí haré... Mas primero urge evacuar cierta conferencia que decidirá tal vez de su destino. El Director de la caxa militar me espera; yo parto á verle;

Con entusiasmo.

si la suerte ha mudado el aspecto de mis negocios, concebid quál será mi ventura.

Con un tono mas melancólico.

Pero si la injusticia de los hombres lo ha ordenado de otro modo, no hay ya mas Minna, ni mas nada para Teleim. A Dios, señora.

Vase con precipitacion.

SCENA III.

Minna y Fancheta.

Fanch. ¿Así le dexais ir, señora?

Minna. ¿Qué quieres que haga, Fancheta, si su firmeza me dexa envidiosa, y su amor asegurada? ¡Qué hombre! respira corazon mio, y descansa de esta opresion en que te ha tenido la precision de afectar serenidad en presencia de Teleim. Yo aspiraba á esparcirle, á desminuir su amargura, á traerle hácia sí, recordándole mi amor; pero todo en vano, porque quantas respuestas me ha dado, pronostican que á no lograr la justificacion mas auténtica, todo está perdido para entrambos.

Fanch. ¿Y qué ha de hacer sino lograrla? El influxo de nuestros estados, el testimonio del señor Conde en favor del Mayor, precisamente han de abrir los ojos al Rey: y su inocencia...

Minna. Yo lo espero así.

Fanch. Yo quasi lo estoy viendo. El Rey tiene que volverle quanto le ha quitado, y mucho mas: que aunque es nuestro enemigo, me debe este concepto.

Minna. Este rasgo de justicia le ilustraría mas que todas sus victorias ; ¡pero qué distante le miro! ¡y qué incierto el término de nuestras desventuras!

Fanch. Pues no hay fundamento, porque es imposible que no se dé audiencia á vuestro tio, y que no volvamos á ver al Mayor en su esplendor primero. Y á esta hora apuesto yo que no dexa de meter ruido el señor Conde en los tribunales.

Minna. Tal vez demasiado.

Fanch. No obstante: los que mucho gritan, suelen alguna vez sacar partido. En todo caso preparaos á darle un abrazo muy apretado quando vuelva.

Minna. Pluguiese á Dios que no te engañases.

Fanch. Y si no mejor será tratar de que halle pronta la mesa, que es el modo mas seguro de agasajarle, y de recompensar sus afanes.

Minna. Bien dices... pero á propósito. ¿Has dado las órdenes para la prevencion?

Fanch. No por cierto, ni habrán hecho falta; que buen cuidado habrá tenido de darlas por sí mismo. No tomeis pena por eso, que ya sabeis que no hay negocio, que pueda hacerle olvidar

el negocio de comer. La hora de la mesa es la única en que él no se encoleriza, ni habla de sus abuelos. Pero aguardad, que aquí viene el Fondista, y acabará de tranquilizaros en esta parte.

SCENA IV.

Minna, Fancheta, y el Fondista.

Fanch. A buen tiempo venís, para que nos digais si el señor Conde os ha dexado la comision de que le preparéis comida.

Fond. Sí señora, y de las mas exquisitas.

A Minna.

Fanch. ¿Veis cómo yo descuidaba con razon?

Fond. ¡O! el señor Conde es amigo del buen trato, de los bocados regalados, y de los mejores vinos. Es un hombre instruído, ilustrado, de un tacto fino, y de un gusto muy exercitado; pero á bien que ha encontrado con la horma de su zapato, porque á diestro y expedito nadie me gana: y aunque me veis así, tengo experiencia y habilidad que he adquirido con largos estudios, porque, ya se vé, la naturaleza no hace mas que desasnarnos; pero el arte nos acaba y perfecciona. Yo he viajado: he corrido el mun-

do: he servido en Inglaterra, en Francia, en Italia: en todas partes me han querido, y regalado; y así espero que el señor Conde se ha de pagar de mi talento.

Fanch. Quien os oiga, os tendrá por un sábio que viene de dar la vuelta al mundo.

Fond. Crea vm. que el difunto Baron de Ernattri, que me honraba con su amistad, y á quien yo serviría aun, sino hubiera muerto de la indigescion que le causó cierto plato que le compuse...

Fanch. No, no, amigo: no pedimos pruebas de vuestro acierto; lo que importa es que nos trateis de otra manera que al Baron.

A Minna.

Fond. ¿Y á qué hora quiere ser servida V. E.?

Minna. En viniendo mi tio.

Fond. Lindamente.

Fanch. No, sino en quanto asome por la puerta.

Fond. Estoy enterado.

SCENA V.

El Conde, y los mismos.

Mirando adentro.

Conde. ¡Ola, Ridern, Fricht! ¿No hay alguno que me responda? ¿quánto va que estos pícaros me hacen desgañitar?

A Fancheta.

Fond. Ya creo que viene el señor Conde.

Fanch. Con efecto, él es.

Fond. Me parece que ha de ponerme buena cara, y mas quando vea la mesa. Yo me adelanto á decirle como ya está pronta.

SCENA VI.

Minna, Fancheta, el Fondista, el Conde, y criados de éste.

Furioso y aparte.

Conde. Vengo hecho un basilisco contra el Director de la guerra...

A los criados.

¿Dónde estabais vosotros? ¿qué haciais? ¿cómo no habeis puesto la mesa?

Aparte.

No se ha de reir de mí...

Criad. Pero señor...

Conde. Andad noramala, y no me repliqueis.

Echalos á empellones.

SCENA VII.

El Conde, Minna, Fancheta, y el Fondista.

Fond. Señor, ya está puesta en la sala de abaxo.

Habla sin atender al Fondista, y éste toma su enojo por él.

Conde. Tonto, impertinente.

Fond. Allí está; sino que V. E. no habrá pasado por donde pudiese verla.

Conde. Sí: que he visto el mas atrevido y desvergonzado de los hombres.

Fond. Señor, perdonad que os repita que está en la sala de abaxo.

Conde. ¿Qué está, dices?

Fond. Sí señor, y en estado de recibiros.

Conde. ¿Pues qué hago que no baxo á matarle?

Echa mano de la espada: el Fondista, entendiendo que va á quitársela para comer, se acerca á tomarla, y aquel le rechaza.

¡Ah bribon! ¿tú intentas desarmarme?

Fond. Si presumí que os íbais á desceñir la espada para comer.

Conde. ¿Comer, infame? ¿quién piensa en eso ahora?

A Minna.

Fanch. Vaya que estan graciosos en extremo.

Al Fondista.

Conde. Ven acá: ¿conoces tú al Director de la caxa de Guerra?

Fond. Algunas veces come aquí.

Conde. ¿Y te atreverías á emponzoñarle?

Fond. Cómo quiere V. E...

Enojado.

Conde. ¿Qué, no te atreves?... este es un simple.

Aplacado.

¿Y cómo piensas tratarme?

El Conde se altera y serena alternativamente hablando del Director y de la comida.

Fond. Eso dexadlo por mi cuenta.

Enojado.

Conde. ¡Ola! ¡ola! el señorito.

Al Fondista.

¿Y tenemos macarrones?

Fond. Macarrones asados á la alemana, pastas á la inglesa, y sus intermedios á la francesa.

Conde. Grandemente.

Colérico.

Quando un hombre como yo os lo asegura, y os dice que lo ha visto. ¿Y vinos, qué tal?

Fond. Los hay de Francia, de España, de Ungría, de Portugal...

Colérico.

Conde. Todavía dudar, y mas dudar: yo os enseñaré á dudar, vive Dios.

Al Fondista.

¿No teneis vino de Hai?

Fond. Sí señor, pero es todo espuma.

Enojado.

Conde. ¿Espuma? ¿quánto apuestas á que te hago saltar mas alto que sube el tapon de sus botellas?

Fond. Señor...

Conde. ¿Y rosolís?

Fond. Los tengo de Danzick; de las Barbadas...

Empujándole.

Conde. ¿Pues á qué esperas? marcha; pero atiende, que los hagas enfriar.

SCENA VIII.

Minna, el Conde y Fancheta.

Riyendo.

Fanch. Ya no puedo detener la risa.

Hácese fuerza inútilmente para no reir.

Minna. Disimula, que si no...

Conde. Reid, reid; que teneis por cierto el mayor motivo del mundo. Ahora vengo del Directorio de la Guerra en obsequio de ese infeliz Teleim.

Turbada.

Minna. ¿Y bien, tio mio?

Fanch. ¿Y bien, señor Conde?

Conde. ¿Y bien, señora sobrina? ¿parece que ahora se me ha puesto vm. séria, y tambien la señora Fancheta? Continuad, continuad vuestras carcajadas, que así tal vez disiparéis el mal humor que traigo.

Minna. Perdonad, querido tio, que...

Con risa afectada.

Conde. ¿Qué tal, Fancheta? Serían algunas observaciones malignas, algunas gracias de las tuyas.

¿No es verdad? Vaya, prosigue, te las aplaudirémos.

Fanch. Buena gana tenia yo; y mas quando á mi parecer jamas habeis tenido ménos inclinacion á reir que al presente.

Conde. En efecto: estoy rebentando de corage... es un tonto, un loco, un presuntuoso el tal Director de la Guerra. Que se le hable, que no se le hable, él no da la mano en su casa, ni os acompaña sino hasta su antecámara: mas todo se le podia suplir si él atendiese á razones, si hiciese justicia; pero si... en fin, yo entro, yo salgo, y sabrás que... pero aguarda que estoy todavía desconcertado, y conviene primero poner en órden mis ideas.

Aparte.

Minna. ¡Este es mucho suplicio!

Conde. Pues como iba diciendo. Hago que entren recado, y me hace aguardar... ¡qué poco sabe el muy mentecato, que de seiscientos años á esta parte no ha habido quien se atreva á hacer otro tanto con ninguno de mis abuelos! Entro, y me hallo con un hombrecillo, flaco, apergaminado, negruzquillo, muy enjaezado de órdenes y perendengues.

Impaciente.

Minna. ¿El Director?

Conde. Un necio, que no sabe palabra, y que ni me conoce siquiera.

Con el mismo tono.

Minna. Y os dixo...

Conde. ¿Qué me habia de decir?... yo fuí quien le dixe á él que semejante accion...

Lo mismo.

Minna. ¿La de Teleim?

Conde. ¿Pues de quien habia de ser?... que accion como la suya no podia sorprehender sino en Berlin, y que no hay un prusiano capaz de imitarla.

Fanch. ¡Qué bien le sentaría la píldora!

El actor debe distinguir con cuidado el tono del Conde y el del Director.

Conde. "¿Y cómo quereis (me dixo) que creamos „un hecho tan extraordinario?" Porque lo testifico yo: yo, el Conde de Bruxhal, Presidente de los estados de Turingia, Conde del Sacro Romano Imperio, Comendador del Orden Teutónico, Director General... "Todo eso está muy „bueno; pero al cabo no sois mas que un tes„tigo, y por acá tenemos cien pruebas... últi-

„ mamente el asunto está determinado." Le amenacé con que veria al Rey (y lo haré) pero admira mi moderacion y su laconismo. "Vedle en„ horabuena" me responde. ¿Sobre qué datos se ha formado el proceso? "Sobre los que tene„ mos." Pero á lo ménos hubiérase contado con nosotros. "Estaba demasiado claro el asunto." Sí, señor Director, claro y muy claro; pero nosotros pagarémos nuestra deuda á Teleim. "Y „ vuestro villete á nuestros granaderos." ¿Cómo granaderos, señor Director, en tiempo de paz? "Eso no le hace..." Y me dexa con una fria reverencia, á quien acompaña un helado *servitor.* Yo le envio con mil diablos, le vuelvo la espalda sin saludarle, y me vengo.

Minna. ¡Ay! tio, que habeis perdido á Teleim.

Conde. ¿Y tengo yo la culpa de que esas gentes no escuchen la razon? Mas calla, calla, que todo se remediará, y el Rey... ¿pero para qué necesitamos al Rey Teleim ni yo? ¿tiene mas de abandonar su patria, y venirse con nosotros?

Minna. ¿Y consentirás, señor, que sobre su desgracia...

Conde. Sí señora. ¿Quién habia de creer el juicio del Directorio de Berlin quando supiese que

el Conde de Bruxhal habia dado su sobrina al acusado?

Minna. Eso es constante.

Conde. Lo que ahora importa es buscar á Teleim.

Minna. Si esta aquí.

Conde. ¿Cómo aquí?

Minna. Como es el oficial á quien hemos desalojado.

Conde. ¿Luego es el de quien tan indignamente hablaba ese villano?

Va á entrar con el baston levantado para castigar al Fondista, y luego vuelve.

Vive Dios, que le he de enseñar... Envíame, envíame acá al Mayor, que yo le haré ver con todo su heroismo, que no obra con juicio en reusar la mano de una viuda jóven, rica y bella, solo porque se ve privado de los bienes de fortuna.

Minna. Yo os doy gracias, señor; pero ¿qué puedo esperar de vuestros oficios, si le he hecho ya presente de todos estos dones, y...

Conde. No, no: se guardará bien de renunciarlos. Eso no se hace entre caballeros: y cuenta que me vengaria; pero no será él tan tonto que prefiera tener un duelo conmigo á hacer una boda

contigo; y en verdad que yo soy muy capaz de proponerle esta alternativa. Mas en tanto que ese tiempo llega, que me den de comer. Fuera vaídos y xaquecas, y reyne el apetito y el buen humor; que en pasándoseme el corage, haré la razon mil veces á la salud de Teleim.

SCENA IX.

Minna y Fancheta.

Minna. ¡Ay Fancheta! yo estoy desesperada: desde aquí veo confirmada la sentencia de Teleim, y á él inexôrable en su proyecto.

SCENA X.

Minna, Fancheta y Verner.

Vern. Si V. E. lo permite...

Minna. Sí, Verner; pasad adelante. ¿Qué hay de nuevo?

Vern. Señora, que solo vos sois capaz de detenernos. El Mayor ha vuelto de palacio mas triste y macilento que nunca. Toda mi astucia ha sido necesaria para arrancarle algunas pocas palabras; pero por fin me ha dicho suspirando: Verner, vá-

monos luego de Berlin : ya no hay que aguardar : hasta la esperanza se ha acabado.

A Fancheta.

Minna. ¿Oyes esto, Fancheta?

Vern. Luego añadió que el Ministro le habia negado la audiencia; y al salir, ni aun se habia dignado mirarle. Yo le he representado vuestra constancia, vuestras finezas: y él suspirar y mas suspirar. ¡Ah Madama! él perece si le dexais partir, y yo tambien señora Fancheta...Y cuenta que muerto el Mayor, ya no queda por quien llorar en el mundo.

Minna. ¿Y qué podré yo hacer para detenerle, agotados quantos recursos me ha sugerido el amor? Mas ¿dónde está? Buscadle inmediatamente de mi parte: decidle que le llamo yo: que quiero verle: ponderadle mi consternacion y mi amargura; y si no conseguís vencerle, volvédmelo á decir, para que yo acuda en persona á estorbar su partida.

Vern. Voy volando á obedecer á V. E.

Vase.

SCENA XI.

Minna y Fancheta.

Minna. ¿Cómo es posible que ya le contenga, ni persuada? ¡ah suerte infausta!

Fanch. ¿Qué diablos le impide el deshacerse de esa manía por un momento?

Minna. Por un siglo dirás, y yo quedaria satisfecha. Pero aguarda, que un rayo inesperado de luz acaba de iluminar mi corazon, y calmar mi despecho. ¿No se podria, Fancheta?... sí, no hay duda; así le aseguro. Fancheta, en vano procura ausentarse: ya me lisonjeo de su vuelta.

Fanch. ¿Perdido el proceso y todo?

Minna. Volverá al instante, y se echará á mis pies.

Fanch. ¿De qué modo?

Minna. Nada hay mas fácil. Tú le has de ir á buscar...

Fanch. Buen principio.

Minna. Y has de decirle...

Fanch. ¿Qué cosa?

Como reflexîva.

Minna. ¿El ha visto á mi tio?

Fanch. No señora.

Minna. ¿No le he ocultado yo el oficio de nuestros estados?

Fanch. Ya lo entiendo: el fin es que yo le informe de todo.

Minna. Al contrario.

Fanch. ¿Al contrario?

Minna. Sí, porque de nada serviria. Teleim es un hombre generoso que me abandona por pura delicadeza, é importa manejarle por ella para rendirle: es menester ser yo para imaginar semejante proyecto, y tener un amante como Teleim para realizarle. No tema ya mi terneza su fuga; sino espere triunfar de su obstinacion. Sí, Fancheta, yo le rendiré; sígueme, que necesito de tu ayuda, y verás quán impuesta estoy en los sentimientos de mi amante.

ACTO QUARTO.

SCENA PRIMERA.

Verner solo.

Vern. ¿Dónde diablos se habrá escondido este Mayor? ¿quánto va que no le encuentro en todo el dia? ¿qué cara pondrá quando sepa que quiero entregarle mas dinero, y hablarle de su dama?

SCENA II.

Justino y Verner.

Just. Me alegro de encontraros, señor Verner. Aquí teneis los cien doblones que pedisteis al Mayor os custodiase, y que me ha encargado os devuelva. Agur, que voy á dar disposicion de que se acabe de disponer su viage.

SCENA III.

Verner solo.

Vern. ¿A la hora de su partida, y quando debe tener mas necesidad, me hace volver el dinero?

pues no: este dinero, y quanto yo poseo, es suyo, y le tengo de obligar á que lo acepte. Yo soy un hombre honrado: le he servido fielmente, y no debo esperar que lo reuse.

SCENA IV.

Teleim y Verner.

Teleim. ¿Tú aquí, Verner?

Vern. Sí señor. Y en busca vuestra. Vos acabais de hacerme volver una parte de mis bienes, y yo vengo empeñado en haceroslos tomar por entero.

Teleim. No podíais emplearlos peor en el dia.

Vern. ¿Cómo no? Y al interes mas subido.

Teleim. ¿Tú sabes la pobreza en que me hallo?

Vern. Pues por lo mismo os los ofrezco.

Teleim. Y yo por lo mismo no puedo aceptarlos.

Vern. Ya yo sé que aquí se os puede quitar todo; pero tambien sé que el Mayor Teleim encontrará siempre en su valor y en su talento el medio de reparar su fortuna, y en su probidad el de conservar la mia, que pongo por esta razon en sus manos. Tomad, mi querido Mayor; tomad sin reparo todo quanto poseo. No tengo mas que mi dinero, y mi persona: en todas par-

tes halla empleo y estipendio un aposentador; pero quando se trata de un hombre como vos...

Teleim. He de vivir y morir sin ser deudor á nadie.

Vern. ¿No teneis amigos?

Teleim. Para serles gravoso, no por cierto.

Vern. Pues yo entiendo que es desestimarlos, no recibir sus favores.

Teleim. Nada de eso, mi amado Verner. Yo percibo toda la fuerza de los tuyos, y te los agradezco como del mas afectuoso de mis amigos; pero no te canses, que no necesito tu dinero.

Vern. Vos me engañais, señor.

Teleim. No quiero que me seas acreedor.

Vern. ¿No lo quereis? ¿Y si yo os dixese que lo sois hace mucho tiempo? Quando en campaña derribé el brazo al enemigo que os acosaba para echaros en tierra: quando en otra ocasion me adelanté precipitadamente á recibir el golpe que un soldado dirigia á vuestra cabeza ¿no me quedasteis deudor de la vida, y aun de la que expuse por salvaros? ¿Pensaréis poderme deber mas? ¿ó se os antoja que yo puedo estimar mi caudal mas que mi conservacion? ¡Ah! si de este modo discurren los grandes ¿qué caso se debe hacer de los hombres? ¿ni cómo hay quien

quiera por ellos sacrificarse?

Teleim. ¿Qué es lo que dices, Verner? Yo confieso con gusto que te soy deudor dos veces de la vida; ¿pero quién tiene la culpa de que tú no me debas otro tanto?

Vern. Demasiado me consta que no os han faltado ocasiones de executarlo, siendo así que os he visto mil veces exponer el pellejo por salvar á un simple soldado?

Teleim. ¿Y qué quieres decirme con eso?

Vern. Es que yo...

Teleim. Vaya, tú no me entiendes. Esta repulsa no te la haria yo en otras circunstancias que las presentes.

Vern. Lo entiendo. Vos tomaréis mi dinero quando no lo necesiteis, ó yo lo haya gastado, ¿no es verdad? No sabeis quanto me desespera este desayre. Tomadlo, pues, mi Mayor; y ya que no sirva para vos, servirá para mí. Sí señor, para mí; porque habeis de tener entendido que pensando muchas veces para adelante, le decia yo á mi capote: "¿qué será de mí en la vejez? „¿á dónde me refugiaré? ¿quién cuidará de mi „asistencia si estoy enfermo ó herido?... preci„samente me hallaré solo en medio del mundo,

„y obligado tal vez á mendigar el sustento:"
mas no, me reprehendia yo con confianza: "iré
„á casa del Mayor Teleim, que no me dexará
„perecer: que partirá conmigo su fortuna, y
„que me permitirá vivir y morir en ella como
„hombre honrado."

Teleim. ¿Y por qué no has de pensar siempre del mismo modo?

Vern. Claro está; porque despreciando vos este socorro mio quando le necesitais, y yo os le puedo dar, es lo mismo que decirme que no cuente con el vuestro quando yo le necesite.

Teleim. ¿A dónde vas á parar? ¿así desacreditas mi gratitud? no, querido Verner: yo tengo dinero todavía, y te aseguro que luego que me falte, serás tú solamente á quien me avergüence. ¿Estás ahora contento?

Vern. Sí lo estuviera; pero.... salga fiadora vuestra mano.

Teleim. Tómala: ¿quieres mas?

Vern. Señor, no engañeis á Verner, pues le costaria la vida.

Teleim. No, mi amado Verner: quedemos satisfechos el uno del otro, y déxame que voy á escribir á Minna.

Vern. ¿Y qué pensais escribirla? ¿que vuestras pretensiones se malogran, y que es indispensable alejaros de ella? ¡Ah! ¡qué lindo consuelo para quien ha hecho lo que ella por vos! ¡para quien ha venido hasta aquí buscándoos con tanta fineza! Sin duda quereis desesperarla, quando se halla sumergida en una pena, en un abatimiento, y en una afliccion que solo vos sois capaz de disipar.

Teleim. ¿Cómo?... ¿qué dices?... ¿lo sabe acaso?..

Vern. Sí, mi Mayor; pues suponiendo yo que no habria en el universo quien os pudiese consolar sino Madama, se lo referí todo de pe á pa; y si hubiéseis visto la sensacion que en ella hizo la noticia, no podríais ménos de haberos enternecido.

Teleim. Desventurado, ¿qué has hecho?

Vern. ¿Que qué he hecho? mi deber. Y hubiera corrido las quatro partes del mundo por buscaros un consolador.

SCENA V.

Fancheta, Teleim y Verner.

Continuando.

Vern. Pero tened, que aquí llega Fancheta. Por vuestra vida que no nos abandoneis, sopena de hacernos tan desgraciados como vos.

Teleim. Ella es... ¿Fancheta mia? Llegas á tiempo que pasaba á ver á tu ama.

Fanch. Pues perdíais el viage, porque ha dado órden para que nadie entre en su quarto, y me envia para que os dé un á Dios de su parte.

Teleim. ¿Cómo así? ¿pues me dexa de este modo?

Fanch. Qué quereis: ha sabido vuestra determinacion.

Vern. ¿Cómo es eso? pues no me habíais encargado...

Fanch. Han ocurrido nuevas desgracias, que han cambiado nuestros designios; y aunque no deberia revelárselas al Mayor, suplícoos hagais lugar...

A Verner.

Teleim. Retírate.

Aparte.

Vern. ¿Qué tendrémos de nuevo?

Vase.

SCENA VI.

Fancheta y Teleim.

Aparte.

Fanch. Veamos cómo pinta el proyecto de mi ama.

Teleim. ¡Nuevas desgracias! Tú me asustas.

Fancheta procurará explicarse con tal variedad, que al paso que engañe á Teleim, informe á los expectadores de su intencion.

Fanch. Aunque me impide un precepto esta revelacion, yo no puedo excusarla, porque creeria ofenderos sabiendo lo que amais á mi señora.

Teleim. No la àmo, que la adoro.

Fanch. Pues ella no os queda á deber nada.

Teleim. Y bien ¿á dónde se encamina ese discurso?

Fanch. ¿Y pensais separaros de ella, quando debíais estar mas unido que nunca? ¡y quándo necesitais mas el uno del otro?

Teleim. Yo no puedo comprehenderte.

Fanch. La habeis visto derretida, afanada, é ingeniosa para aliviar vuestros pesares, porque suponia que bastaria el amor á labrar la dicha de entrambos; pero sí: mas ingenioso habeis sido vos en inutilizar estos oficios.

Teleim. Yo he debido aconsejarla que huyese de un desgraciado.

Fanch. Y con eso la habeis violentado por una generosidad mal entendida á quedar abandonada, y mas digna de compasion que vos mismo.

Teleim. ¿Mas digna de compasion que yo? ¿cómo puede ser eso?

Fanch. Siendo. ¿Conoceis al Conde de Bruxhal?

Teleim. ¿No es su amado tio?

Fanch. No sino su mas cruel enemigo y el vuestro. Porque habeis de saber que despues de haberos sacrificado mi ama su corazon, su fortuna, y un esposo que el Conde queria recibiese de su mano, se halla al presente desheredada, fugitiva y perseguida por este hombre impetuoso y absoluto.

Teleim. ¡O cielos! ¿qué es lo que dices?

Fanch. La Condesa en este conflicto vino en vuestra busca; pero habiendo vos reusado su mano, ha creido que debe renunciar á ella para siempre.

Teleim. ¿Cómo para siempre? Minna desgraciada me pertenece de justicia, y yo se lo disputaria al mundo entero.

Aparte.

Fanch. Lindo. Este pez ya cayó.

Teleim. ¿Pues qué sería de mí á faltarme la esperanza de poseerla? Minna rodeada de todo el explendor de su fortuna, me parecia una deidad que exîgia mis respetos; pero Minna cubierta de desdichas, es la persona mas recomendable para mí, y cuyo socorro reclama mi obligacion. ¿Qué placeres, obligaciones y empeños tan apreciables y sagrados vuelven á hacerme apetecible y preciosa la vida á pesar de los que han conspirado contra ella? Mis infortunios me habian consternado, y ya no formaba sino proyectos horrorosos, hijos de la melancolía y del despecho; pero al oir que Minna es desdichada, siento reanimarse mi valor, confortarse mi espíritu, y prolongarse mi vida, que puede ser el apoyo de la suya. Ella me ha sacrificado la opinion de los hombres, y me ha desfigurado su injusticia. ¿Pues por qué no me ha de estimular esta generosidad para corresponderla? Ella nació para mí, y yo para ella; con que todo nuestro

fin se cifra en poseernos. ¿Veis, Fancheta mia, los bienes que me ha grangeado su infortunio? Sí, ya puedo llamarme feliz.

Fanch. Pero señor... en efecto ¿has comprehendido toda la fuerza de su situacion?

Teleim. Sí, y aun la exâgero todo lo que quieras: en suma, ella está desvalida, desheredada, perseguida por su tio, y sin tener á quien volver los ojos. ¿No es verdad?

Fanch. Y sin esperanza de remedio, porque pendia únicamente de su tio, y este bárbaro de todo la ha privado.

Teleim. ¿Pero ha podido privarla de sus gracias, de su dulzura, de su honestidad, y del amor que me tenia? Pues estos son los tesoros de tu ama que la constituyen la mas rica heredera de la naturaleza. Yo corro á abjurar á sus pies las resoluciones que el deseo de su bien me habia inspirado á ofrecerla un consolador, un vengador, y un esposo; y huiré con ella de un mundo incapaz de alterar por sus opiniones el contento de dos consortes retirados de su comercio, contentos de sí mismos, y descuidados de todo lo demas.

Vase.

SCENA VII.

Fancheta sola.

Fanch. Corre, corre, que no te será dificil detenerla, y hacerla consentir en un pronto desposorio. Lo que falta es que el tio nos dé tiempo para concluir este negocio; porque si encuentra á Teleim, y le ofrece su sobrina con todas sus riquezas, vuelve á su tema, y le da calabazas; y así lo que importa es despachar y casarlos; que despues se le descubrirá la desgracia de que es rica, y habrá de pasar por ello aunque le pese: aunque no será tan tonto que querrá descasarse por haberse engañado con tan buenas cartas.

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

Teleim solo.

Teleim. ¿Minna ha de ser mi esposa? ¿Minna ha de venirse en mi compañía? pues no quiero pensar hoy sino en este regocijo: léjos de mí toda

idéa melancólica que pueda alterarle : yo poseo á Minna , y bendigo las desgracias precursoras de tan feliz union.

SCENA II.

Verner y Teleim.

Teleim. ¡Ah , mi querido Verner! ¡ella es desgraciada , está desheredada y perseguida por su tio!

Vern. ¿Quién , mi Mayor?

Teleim. Minna ; pero yo he de casarme con ella.

Vern. Bien hecho. Casaos con ella , y tomad mi dinero , y son dos grandes obras que debeis hacer á un mismo tiempo.

Teleim. ¿Ya ves tú quándo podré yo reintegrarle?

Vern. Yo no os le pido , ántes voy á traeros el resto de mis bienes.

Teleim. Vé pues , y nosotros partirémos en comun nuestra fortuna ; pues espero que mi nombre y mi espada...

Vern. Si no puede faltarnos cosa alguna... vamos luego á batir á los Calmucos ; vos con mi señora la Condesa , y yo con mi amada Fanchetita.

Teleim. Despues pondrémos órden en todo. Vé por tus trastos , que en mi aposento te aguardo.

Vern. Vuelvo como un reguilete: viva la Rusia, la guerra, la Tartaria; y sobre todo mi Mayor, que por último ha venido en admitir mi peculio.

Vase.

SCENA III.

Justino y Teleim.

Entrando por el lado opuesto al que salió Verner.

Just. Señor, poneos luego en salvo, pues teneis tiempo... á la puerta preguntan por vos de parte del Rey: se habla de una órden para haceros prender; y yo mismo he observado tomar precauciones al rededor de la fonda.

Teleim. ¡Santos cielos! en el momento en que me aguarda Minna, como el único bien apetecible, ¡trata la corte de atentar á mi libertad! ¡Ay! ¡que á este duro rebes me abandona mi constancia, y desfallece mi vida!

Just. La huéspeda cautelosa, ha respondido que no estábais en casa, para dar lugar á vuestra fuga: piensa facilitárosla por una puerta falsa que jamas se abre, y que no es creible hayan querido tomar.

Teleim. ¿Pues en qué te detienes? Corre á pedirla la llave, y exâmina si alguno acecha aquella salida; y vuelve á darme cuenta, para que yo vaya á dársela de todo á la Condesa.

SCENA IV.

Teleim y Verner.

Entrando por el lado opuesto al que sale Justino.

Vern. ¡Ay mi Mayor! ¡ay señor mio! todo está perdido sin remedio... yo le he visto por mis ojos... yo le acabo de oir.

Teleim. ¿Qué es lo que has oído?

Vern. ¿No acabais de referirme que el Conde de Bruxhal perseguía á su sobrina?

Teleim. ¿Y qué?

Vern. Nada: que le teneis en vuestra casa.

Teleim. ¿En casa el Conde?

Vern. Como suena; y sin duda viene en vuestra busca, y en la suya.

Teleim. ¿Pues cómo?...

SCENA V.

Teleim, Verner, y el Conde al bastidor.

Conde. ¿Para qué es disimularme que está aquí?

Teleim. ¡Cielos, él es!

Vern. Y sino preguntádselo, pues entra.

Teleim. Déxanos solos.

Vase Verner.

SCENA VI.

Teleim, y el Conde.

Aparte.

Teleim. O me ha de dar la muerte, ó la sobrina.

Aparte.

Conde. Verémos si se aferra en repudiar á la muchacha.

Amistosamente; pero con un tono áspero que lo desmiente.

Pero hele aquí donde está.

Con entereza.

Teleim. Sí señor: aquí estoy, y mis desgracias no me han hecho indigno de vuestra amistad.

Conde. ¿Pero qué es de mi sobrina?

Afectuoso.

Teleim. ¿Señor, no sois su tio, su padre, y?...

Impaciente.

Conde. ¿Y qué tenemos con eso?

Teleim. Yo sé que en otro tiempo me considerábais digno de su mano, y de vuestro aprecio.

Conde. ¿Otro tiempo? ¡bella diferencia!

Teleim. ¡Ah! Señor, prestadme oídos, permitid que á vuestros pies...

Aparte.

Conde. Esto es hecho, no la quiere: ¿y qué es lo que vm. intenta, señor mio?

Teleim. Yo me tomo la licencia de representaros...

Enojado.

Conde. Y yo la de deciros, que vuestra conducta me ofende, y que jamas sufriré...

Enojado.

Teleim. Ni yo permitiré tampoco...

Aparte.

Conde. ¿Pues no es menester estar endiablado para repudiar á mi sobrina? Sí señor, Mayor. A un hombre como yo, no se le ha de ofender impunemente.

Teleim. Señor Conde, un hombre como yo, me-

rece que se le oiga: y vuestras persecuciones...

Conde. ¿Son extrañas? ¿no es verdad?

Teleim. Yo respetaré siempre al tio de Minna: pero...

Muy enojado.

Conde. Pero no os casaréis con ella. ¿No es así?... esto ya es demasiado.

Teleim. Eslo en efecto: y mi honor...

Conde. ¿Vuestro honor? ¿pues digo, el mio es nada? ¿y qué se dirá de mi sobrina y de mí, si yo cediese á vuestras delicadezas?

Teleim. Que Teleim, á pesar de su desgracia, ha sabido haceros consentir en sus proyectos.

SCENA VII.

Minna, Teleim, el Conde y Fancheta.

Aparte.

Minna. ¿Teleim, y el Conde juntos? todo se ha descubierto.

Corriendo hácia Minna.

Teleim. Venid, señora, poneos á mi lado.

Aparte.

Conde. El se ha vuelto loco.

Corriendo hácia Minna, como para llevarla á sí.

Ven conmigo sobrina, y renuncia...

Arrancándola de manos del Conde.

Teleim. Primero será que yo sufra se me quite...

Con extrañeza.

Conde. Esta es otra.

Al Conde riyendo.

Fanch. No lo sufrirá, no seguramente.

Impaciente.

Conde. ¿El qué?

Riyendo.

Minna. Que yo le sea quitada.

Conde. ¿Qué diablos de monserga es ésta?

Teleim. Minna, mi querida Minna: echarnos á sus pies es importante.

Aparte.

Conde. ¿No digo yo que está loco? Señor Mayor, una de dos, ó casarse con Minna en el momento, ó daos por desafiado. ¿Lo habeis entendido?

Teleim. ¿Cómo? ¿pues vos me la otorgais, olvidando vuestro enojo, sus ofensas, y su fuga?

Aparte.

Conde. Esto es hecho: él delira.

Minna. ¿Puedo creer que ya no me desheredais?

Conde. ¡Qué lástima! los dos han perdido el juicio. Su fuga, mi enojo, sus ofensas, desheredada... ¿quién es esa señora?

Teleim. Vuestra sobrina.

Conde. ¿Mi sobrina? ¿pues no vengo con ella?

Teleim. ¿Vos con ella?

Conde. Sí, desde Saxonia: y sin otro objeto que entregárosla.

Teleim. ¡A mí!

Conde. A vos: y hace mas de una hora que me estais haciendo...

Teleim. ¿Yo? ¿quando os la pedia de rodillas? ¡Ay Minna!

Conde. Pero vamos: ¿qué enredo es éste? ¿eres tú quién le ha forjado por ventura?

Minna. Sí, tio y señor, para detener á Teleim, y unirle para siempre á mi destino; pero temo que vuestras bondades no hayan hecho lo bastante para no separarnos eternamente.

Conde. Sí; eso es: dí ahora que yo lo he echado á perder todo.

Teleim. No señor. Antes esos ímpetus, cuyo orígen no me es desconocido, descubren el noble fondo de vuestra alma... pero en quanto á vues-

tra sobrina: ¿quál es su generosidad? ¿quál su delicadeza?

Conde. ¡Quánta su extravagancia! ¡quánta su impertinencia! Aquí no hay mas, sino que yo os conservo el concepto de hombre de espíritu, y he querido premiaros con mi sobrina. Esto es mas corto, y en este proceder, es donde debeis mejor reconocerme.

Teleim. ¡Ah señor! ¡Ah Minna adorada!

Aparte.

Ya me falta resistencia... ¡mas ay! que las órdenes del Rey van á arrancarme sin duda de estos generosos amigos, que aspiran á perderse al lado mio.

SCENA VIII.

El Conde, Minna, Teleim, Fancheta y Justino.

A Teleim.

Just. Señor, ya está abierta la puerta falsa, y nadie se percibe al rededor; con que podeis cómodamente substraeros al que os busca de órden del Rey.

Minna. ¿Cómo? ¿órden del Rey? ¿qué he escuchado?

Hace Teleim señas á Justino para que no prosiga.

Conde. Ya, ya, ya: no hay que amohinarse. Las órdenes del Rey deben ser actos de pura justicia, y habrá llegado el que yo estaba aguardando. ¡Si no sabeis vosotros lo que yo acabo de hacer!

Aparte.

Fanch. ¡A quién no incomodará esto!

Conde. Es verdad que no pude hablar al Rey; pero le dexé un memorial en que le digo quánto se me vino á la boca; y esto precisamente ha de hacer operacion.

Teleim. Así es: tranquilizaos, señora, y persuadios á que habiéndoseme juzgado con tanta precipitacion é injusticia, no puede haber ya novedad que no sea en mi favor: apurada hasta las heces la copa de las desdichas, es demas todo temor. Y para que os convenzais, parto volando á los pies del Rey con la esperanza de deberle una absolucion que me vuelva mas regocijado á los vuestros. A Dios. Sígueme, Justino.

Vase haciéndole señas para que calle.

SCENA IX.

El Conde, Minna, Fancheta y Justino.

Just. ¿Qué diablos hace este hombre? Quando estaba tratando de salvarse: ¿se va á entregar á quien viene á prenderle?

Minna. A prenderle, ¿qué dices, Justino?

Just. Lo que no tiene la menor duda: abaxo le aguarda hace una hora de parte del Rey un emisario de la peor cara que ví en mi vida: todo se le vuelve acechar por todas partes, como quien teme que se le escape la presa que busca. ¡Y viene cargado de papeles, que contendrán acaso la receta de embocarle en un castillo!

Minna. ¡Ay tio! no perdamos tiempo: acudamos volando á su socorro.

Conde. No, no: como el Rey haya decretado su arresto, no volarémos muy léjos, ni hay necesidad de que te muevas: quédate, que este no es negocio para tí...

A Justino.

¡Ah, buen amigo! ¿Eres hombre de valor?... Pues sígueme hasta encontrar con Teleim, que

estando yo provisto de armas y caballos, le salvarémos con la pistola en la mano, y haciendo fuego á quantos quieran impedirlo.

Minna. Señor, vos aumentais mis sobresaltos.

Conde. Nada temas, hija mia, estando yo por medio: dame un abrazo, y á Dios.

SCENA X.

El Conde, Minna, Teleim, Justino, y Fancheta.

Apresurados y con unos papeles en la mano.

Teleim. Minna, Minna, albricias: toma parte en mi regocijo, en mi sorpresa, en mi asombro... Yo no sé lo que me sucede... Yo estoy fuera de mí... el Rey... ¡ay Minna!... el Rey...

Minn. Acabemos. ¿Qué es lo que ha hecho el Rey?

Teleim. Tomad, señora, tomad: leed la carta que acabo de recibir de este generoso Monarca.

Fanch. ¿Cómo? ¿una carta del Rey?

Conde. ¿Pues pensabas tú que los Reyes no sabian escribir?

Tomándolos, y alargándolos á Minna.

Fanch. No os detengais en leerla, señora.

Lee.

Minna. Dice así. "Mi querido Teleim...

Fanch. ¿Mi querido Teleim? ¡qué gozo! No puedo reprimir las lágrimas.

Lee.

Minna. "Mi querido Teleim: ya era tiempo de "desengañarme, y aunque tarde estoy obligado "á hacerte justicia. La caxa de estado tiene órden de restituirte el villete, y de pagar por "el regimiento la anticipacion de que procede. "Tus acusadores han sido reprehendidos y castigados en el Consejo de guerra; y para completar mi satisfaccion no me falta sino volverte "á ver en mi servicio: entretanto me tengo por "el mas dichoso de los Soberanos en haber podido justificar al hombre mas honrado de mi "reyno." Ved aquí una carta muy apreciable; pero de que yo no tenia la menor necesidad.

Fanch. Sin embargo, ella hace honor á quien la recibe.

Conde. ¿Cómo á quien la recibe? y á quien la envia tambien. Venga acá la verémos... Sí, sí: buena letra. Tómala, sobrino, y custódiala en tus archivos, que sacándola de quando en quando, puede hacer la alegría y el consuelo de

tus nietos. ¿A ver si mi conversacion con el Director, y mi memorial al Rey, surtiéron efecto? No que no: me han tenido miedo, y les he hecho entrar en carrera. Ahora lo que importa, Teleim, es que vayamos juntos á dar las gracias al Rey, y al Director de la guerra, que al fin ha executado quanto se le ha dicho. ¿Mas qué otra carta es esa?

Teleim. Del Director; pero vista la del Rey, me interesa poco, y mas quando vendrá á reducirse á cumplimientos.

Conde. ¿A ver? será sin duda el villete de nuestros estados, el reintegro de tus anticipaciones, una gratificacion, una libranza contra la caxa... ¡ó! vosotros no discurrís: yo no sé de qué os sirven los años.

Empieza á leer en voz alta, despues baxa algo la voz; pero no de modo que no se le entienda.

„Si vuestra causa hubiera podido perderse, lo „hubiera logrado el mal modo con que un Con„de de Bruxhal, que se llama vuestro amigo, „la ha defendido. No es la corte el pais que le „conviene, y así debeis aconsejarle que se vuel„va á su tierra." ¡Habrá mayor mentecato! ¿Si creerá que he venido yo á Berlin no mas de

para admirarle? Vamos de aquí, hijos mios: vamos luego, que aquí no se puede vivir, pues no se ama la verdad, ni se respeta á la nobleza, ni á los hombres de bien, ni á la gente de forma, ni á nadie. *Vase.*

SCENA ULTIMA.

Teleim, Minna, Justino, Fancheta y Verner.

Alegre y presuroso.

Vern. ¡Mi querido Mayor! ¡qué alborozo! No tengo que preguntaros si sabeis la feliz nueva de que todo Berlin se congratula: solo os suplico que permitais que os abrace como el mas interesado, y que sea el primero de todo el regimiento que...

Teleim. Sí, mi amigo Verner, abrázame enhorabuena, y vamos todos á los pies del Rey, á tributarle gracias por este beneficio, para que cumplido este deber, regresémos á Saxonia: tú, esposo de Fancheta; yo de Minna, y todos quatro las personas mas felices de la tierra.

FIN.

[illegible]

[illegible] *Jacinto*, *Francisco y Vergara* [illegible]

[illegible] [illegible]

[illegible]

[illegible] que [illegible]

[illegible]

[illegible] abrigando [illegible]

[illegible] s pias del Rey, trib-

y [illegible] oficio, para que [illegible]-

que [illegible], res-

[illegible] Ministro [illegible]

[illegible]

